

MIRADA ECLÉCTICA

NO.4

revista cultural

OCTUBRE-DICIEMBRE 2025



Boris Eldagsen, "Artificial Instinct | Say You Love Me", promptography, 2025

Boris Eldagsen: "La IA nos obliga a reflexionar sobre nosotros mismos"

ENTREVISTA

Giovanni Castillo

ENTREVISTA

El arte como testimonio y resistencia

Luisana De Sario Valencia

TEXTO DE AUTOR

La identidad en la era digital

Didi Rufus

FOTOGRAFÍA

Las sillas de Teresa

Anabelle Laughlin



Tamara Kostianovsky: la belleza hecha carne

Por Mónica Pupo

La artista argentina radicada en Nueva York transforma prendas usadas y textiles domésticos en esculturas que evocan cuerpos, carne y naturaleza. Su obra, atravesada por la memoria, el duelo y la conciencia ambiental, dialoga entre la belleza y el horror, entre la vida y su huella material.

Tamara Kostianovsky (Buenos Aires) vive y trabaja en Nueva York. Formada en la Escuela Nacional de Bellas Artes de Buenos Aires y en la Pennsylvania Academy of the Fine Arts, ha expuesto en museos de América y Europa, y ha sido reconocida con becas de la Fundación Guggenheim y la Pollock-Krasner Foundation. En su práctica escultórica, la artista convierte ropa usada en materia viva: tejidos que hablan del cuerpo, del paso del tiempo y del vínculo entre belleza y violencia.

El cuerpo como territorio

—Tamara, para comenzar, ¿podría contarnos un poco sobre usted y su recorrido como artista?

—Hace 25 años que vivo en Estados Unidos, aunque crecí en Buenos Aires. Vine en el año 2000 para estudiar arte, y una cosa llevó a la otra: terminé mudándome a Nueva York, donde tengo una práctica artística activa. Vengo de una familia de clase media: mi padre era médico, mi madre ama de casa, y tengo un hermano. Aquí en Nueva York estoy con mi hijo de 16 años. Trabajo de manera bastante regular, de nueve a cinco, junto a dos asistentes con quienes desarrollo proyectos para exhibiciones o comisiones.

—¿Qué experiencias personales o biográficas han sido determinantes en su elección del textil como materia principal?

—Mi padre era cirujano plástico. Cuando estudiaba Bellas Artes trabajé un tiempo en su consultorio, sirviendo café, abriendo la puerta... Fue allí donde descubrí un mundo detrás de la piel que me marcó profundamente. Esa visión sigue siendo el eje central de mi obra. Cuando llegué a Estados Unidos, en plena crisis económica argentina, comencé a trabajar con lo que tenía a mano. Traía conmigo muchos suéteres, por miedo al invierno, y empecé a pensar en la ropa como una segunda piel, como una extensión de mí misma.

Era una forma de performance indirecta: mi cuerpo estaba presente a través de las fibras y las células contenidas en la tela. Con el tiempo, continué trabajando con textiles, pero siempre los concebí desde una perspectiva quirúrgica más que costurera. Pienso en la tela como en la piel: aplico puntos y técnicas tomadas de la cirugía para manipularla, como si fuera un tejido vivo.

—Su padre influyó claramente en su mirada. ¿Llegó a ver su obra? —Sí. Lamentablemente falleció en 2017, pero cuando venía a visitar-



me a Estados Unidos le encantaba pasar por el estudio. Teníamos intercambios muy interesantes sobre las técnicas quirúrgicas que aplicaba en mi trabajo. Él incluso me enseñó un punto que se usa en cirugía para apretar tejido. Por eso uso agujas curvas y coso de una forma muy escultórica. Mi relación con la tela tiene mucho que ver con esa herencia.

—Esa fascinación por el cuerpo y la carne, ¿se acerca más al horror o a la belleza de la vida?

—A ambas cosas. Crecí en Buenos Aires, donde las imágenes de vacas cortadas en los mercados son parte del paisaje cotidiano. Además, mi infancia coincidió con los años de la dictadura, con la violencia y el silencio de los desaparecidos. En mi imaginario, la carne se convirtió en símbolo de esos cuerpos ausentes. Mi trabajo oscila entre horror y belleza; creo que esa tensión define la vida. La belleza sin el horror no tendría sentido. El arte, para mí, debe mezclar la belleza con una mirada crítica sobre la realidad.

Carne, materia y memoria

—Su serie Matadero tropical combina esa brutalidad con una gran carga estética. ¿Cuánto tiempo lleva realizar una pieza de ese tipo?

—Generalmente unos dos meses. Incluye momentos de pausa, de distancia crítica. El interés por las vacas nació casi por accidente: estaba trabajando en una escultura abstracta que terminó tomando la forma del continente sudamericano, y de allí surgió la asociación con la carne. Luego visité frigoríficos en Buenos Aires para estudiar de cerca la anatomía del animal. Fue una experiencia fuerte y bella a la vez, como una danza entre el carnicero y la vaca. En Estados Unidos no tengo acceso a esos espacios, por lo que trabajo con fotografías y bocetos que luego transformo en esculturas tridimensionales.

—¿Cómo se sintió al presenciar ese proceso en los mataderos?

—Fue intenso. Grabé un video que está en mi cuenta de Instagram, con una advertencia de "imágenes gráficas". Vi a los carniceros trabajando con destreza y orgullo, casi como si bailaran con el animal. No me impresionó negativamente; quizás ya tengo una cierta resistencia. Pero sí me hizo reflexionar sobre cómo hemos naturalizado la violencia: compramos carne en el supermercado sin pensar en el cuerpo que hubo detrás.

—Actualmente expone en Nueva York. ¿Cómo ha sido la recepción de su trabajo allí?

—Justo hoy salió una reseña en The Wall Street Journal sobre la muestra. El crítico destacó la amplitud que el arte textil ha alcanzado: pasó de ser considerado una práctica doméstica "femenina" a ocupar un espacio central en las artes visuales. Recuerdo que hace quince años un galerista me dijo que borrara de mi currículum toda referencia a "tejido" o "artesanía". Hoy el panorama ha cambiado, aunque sigo pensando que mi trabajo se vincula más con la pintura o con las artistas feministas que exploraron el cuerpo y la carne, como parte del arte con mayúscula.

—Menciona la tela como una segunda piel, y no puedo dejar de pensar en el desierto de Atacama, convertido en vertedero de la moda global. ¿Qué le provoca ver ese paisaje natural transformado por los desechos textiles?

—Por supuesto, me commueve profundamente. La mayor parte de la ropa con la que trabajo es mía o de mi hijo, pero eso me ha hecho muy consciente del problema de la contaminación textil. El fast fashion es una tragedia ambiental. Me entristece ver lugares como el desierto de Atacama cubiertos por montañas de ropa desechada: es la huella material de nuestro consumo. En América Latina, cuando algo ya no se usa, siempre hay alguien que lo necesita; aquí, en cambio, se desecha sin pensar. Hay una gran contradicción entre la conciencia ecológica y el consumo desmedido. Por eso trato de mostrar que las telas pueden tener otras vidas, que el reciclaje también puede ser una forma de arte y de reflexión.

—El rojo es un color dominante en sus obras. ¿Cómo equilibra la belleza y el impacto perturbador que produce?

—Busco un equilibrio entre lo truculento y lo bello. Durante años trabajé solo con la anatomía, pero en mi serie reciente, Matadero tropical, incorporé elementos vegetales, como flores, para introducir la idea de regeneración. Me interesa pensar la carne no solo como desastre, sino también como posibilidad de renacer. El material textil, además, suaviza el impacto visual. Aunque la imagen pueda parecer violenta, la textura de la tela le aporta calidez y humanidad.

—También ha realizado esculturas de árboles. ¿Cómo surgió esa serie?

—La comencé tras la muerte de mi padre. Él se había dedicado a la jardinería en sus últimos años, y cuando falleció decidí homenajearlo usando su ropa para crear esos árboles. No lavé las prendas: contienen, de algún modo, su presencia física. Es un monumento íntimo y botánico. Los árboles, aunque son cadáveres, no tienen sangre; me permiten explorar la idea de la muerte desde una paleta más suave, con colores carne, rosados y amarillos como los de la grasa bajo la piel.

—Si pudiera obligar al espectador a enfrentar una verdad incómoda a través de su obra, ¿cuál sería?

—Quisiera que se vea reflejado en ella. A veces alguien me dice: "Tenía esa misma sábana". Esa identificación es lo que busco: que el espectador se reconozca en la materia, en la carne, en el textil, y perciba tanto la violencia como la posibilidad de renacimiento que todos compartimos.

—Cuando termina una obra y la ve frente a usted, ¿qué siente?

—Es una pregunta difícil. Como escultora, me rijo por las leyes de la forma: observo si la obra funciona desde todos los ángulos. Pero la verdadera satisfacción llega cuando logro unir belleza y dolor, cuando ambos se superponen de manera equilibrada. Ese es el momento en que siento que la obra está completa.

La obra de Tamara Kostianovsky descomponen y recomponen la

materia, transformando lo íntimo en símbolo universal. A través de telas, costuras y recuerdos, su arte indaga en la memoria corporal y colectiva, en el vínculo entre carne, naturaleza y cultura. En su universo, la belleza y el horror no se excluyen: conviven como en la vida misma.

Todas las fotografías son cortesía de SLAG&RX – Nueva York – París y de la artista Tamara Kostianovsky. Fotografía de Leo Sano







